

All those Years ago

José Martínez Torres

ERA EN EL RESTAURANTE ITALIANO que estaba pegado al Hotel de México, a las tres en punto. Iban Carlos Montemayor, Manuel Núñez Nava y el rector Fernando Salmerón con su equipo de trabajo. Se trataba de definir la nueva Dirección de Difusión Cultural de la UAM: ¿y ya se saben el nombre de la revista? En eso estamos, don Fernando... Carlos pidió queso Brie o Camembert y el mesero dijo que por el momento no había. Era una reunión solemne, incómoda y encorbatada, por lo que sonó fuera de lugar que Núñez Nava dijera: pero si aquí no más en el súper de la esquina venden. Carlos se puso tieso y a la espera. El rector Salmerón se atacó de la risa.

Siempre me había gustado el lema de la UAM, como si quisiera decir o yo interpretara: que entre el tiempo a la casa, ya que de esa materia estamos hechos, pero he sido tímido y apenas dije en voz baja la consabida paráfrasis *Casa del tiempo*. Núñez Nava alzó la voz: aquí el licenciado sugiere que la revista se llame *Casa del tiempo*, doctor Salmerón. Les pareció extraño; no les casaba; demasiado parecido al lema. Se tomaron más tragos entre los acuerdos de sobremesa y de la revista no se dijo más, sino hasta antes de irnos, cuando remató el rector: bueno, en cuanto a la tal *Casa del tiempo*, si nadie dice lo contrario, que se llame así.

Fue el inicio de aquel periodo –1979 a 1983– durante el que participé en el proyecto cuyo núcleo sería la edición de la revista. Uno de los cercanos a Salmerón me mandó a dejar mis documentos a un contador en el edificio que rentaba la Universidad frente al Toreo de Cuatro Caminos, en donde estuvimos hasta que se adquirió la casa de Medellín 28.



No sabía muy bien qué era eso de ser el secretario de redacción, pero ya me habían nombrado. Antes de entrar a la Facultad, mi madre me consiguió trabajo en la papelería de un español que había sido amigo de mi difunto padre, en total desacuerdo con que fuera a la Facultad de Filosofía a estudiar esa faramallada de letras, por ver si algo aprendía de la vida y por ver si arrimaba algo a la casa. La amistad de mi padre con don Leopoldo Gutiérrez de nada sirvió: debía llegar como los demás empleados a las seis de la mañana, lavar con cepillo, agua y jabón el piso del almacén, despachar los pedidos que bajaban en lentas comandas por una banda metálica como las de las máquinas de hacer tortillas. A las once daban treinta minutos para el almuerzo y a las tres se cerraba una hora y media. Entonces me iba a caminar, compraba un Boing en la tienda; en una banca del parque comía las tortas que me daba mi madre. Y otra vez a chambear, hasta las siete. En el camión de la línea Algarín maldecía y rumiaba, ¿pero qué pudimos haber ensuciado?

La perspectiva de aquel nuevo trabajo que consistía en hacer libros, traducir, escribir, corregir artículos, entrevistar personalidades, era esplendente; y casi me desmayo cuando me dijeron el sueldo. Todo aquello para mí, que vivía de corregir pruebas de imprenta de a cincuenta centavos la galera; que había sido aprendiz de cajista y chalán en la imprenta de mi tío Jesús, de a quince pesos la semana; que había recibido mi pago más importante en un interinato por el embarazo de una profesora de la Secundaria 34, a la que suplí durante tres meses, de a setecientos la quincena. El contador dijo: vas a ganar ocho mil. Menos descuentos, te van a quedar como seis mil cuatrocientos y algo. ¿Qué? Quincenales, dijo el contador. ¿Quincequé?

Mi jefe directo era Manuel Núñez Nava, el autor de los mejores chistes y de los mejores poemas que escuché en aquel tiempo, el de las mejores fiestas también,

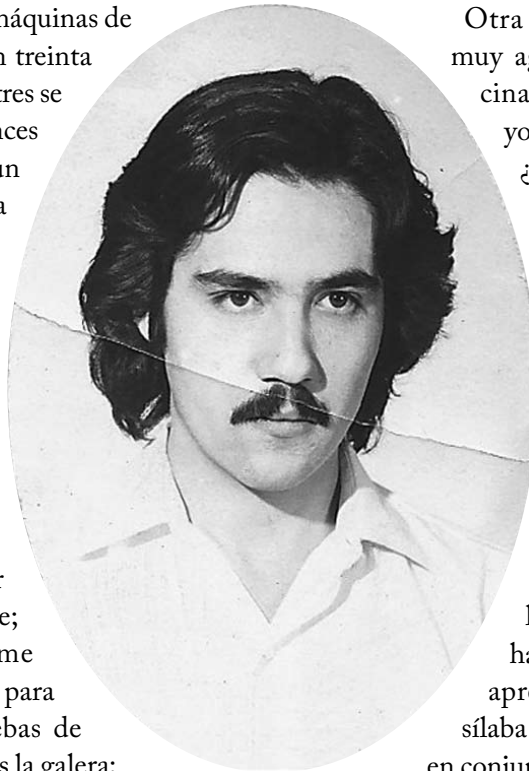
en su casa de Fuentes Brotantes (por allí guardo los dos vinilos memorables que me obsequió: *The Wall* de Pink Floyd y el disco póstumo de John Lennon *Double Fantasy*). Tenía una perspectiva de las cosas que no había visto nunca, un desenfado alucinante, y fue para mí otra escuela, contrapunto de lo que trabajosamente aprendía en la facultad. Desarticulaba lo que parecía admirable o sublime, hasta volverlo ridículo. A nadie he visto que destruyera de modo tan cómico el recato, los buenos modales o convencionalismos: Oye Manuel, ¿esa que vino a verte, la esa guapona, de veras es rubia?

De veras, pero nomás de arriba.

Otra vez, su secretaria Mago entró muy agitada: ¡es el rector! En su oficina estaban unos colaboradores, y yo tomaba nota de los acuerdos. ¿Quién, Maguito? Maguito estaba desesperada: ¡El rector Salmerón! ¡Contesta! ¡No: con el botón derecho! Manuel oprimió el botón derecho mientras se hincaba sobre la alfombra en posición suplicante: Sí, señor rector, a sus órdenes. Como diga, rector. Usted diga y ordene...

Su ojo estrábico era criminal con las erratas. Me enseñó la técnica para dejar impecable la corrección de un texto breve: hay que leerlo como los niños que aprenden el silabario, así, leyendo sílaba a sílaba, desautomatizas la visión en conjunto y brincan los errores. También enseñaba que una voz extranjera, a la menor duda, debe verificarse en el diccionario, por más obvio que parezca el sentido, y su versión de *La tierra baldía* es prueba de esta meticulosidad.

Pero atentaba contra sí mismo: no le creía a su brillantez y se sentía muy disminuido ante poetas más publicados, ante académicos de prestigio. Alfonso Reyes dijo que hay dos clases de escritor, el que escribe y el que no escribe; Núñez Nava era ejemplo radical de esto último, en el sentido de diferir proyectos, castigar severamente lo escrito, producir muy poco, no publicar a lo largo de los años más que unos cuantos, delgados





volúmenes. Por otro lado, esta inseguridad lo hacía autor de pequeñas traiciones y chismes de rebozo y lavadero; demasiada tenebra homosexual, digo yo; demasiada condescendencia donde no había para qué, como la vez, pasados los años, en que lo invitaron a escribir sobre la misma *Casa del tiempo* y envió un texto lleno de una cortesía hacia todos medio ramplona, medio innecesaria.

Pasaron los años entre trebejos, escondrijos y guaridas; entre el ruidero de la calle, las páginas que hoy sonrojan y la poca experiencia, la nula pericia política. Afantasmado y desorientado, vi desfilar pintores y poetas deslumbrantes o mercachifles; académicos y escritores notables o burócratas. A los veinte años –o pocos meses más, como escribió Juan Carlos Onetti– cruzas la etapa en la que más se aprende, y lo más difícil de aprender, para mí, fue calar a las personas, quitarme la ingenuidad ante aquellos que identifican política y diplomacia con hipocresía; vi con asombro a los capaces de cualquier cosa por conseguir un elogio; a los que te hieren por dar un leve realce a su vanidad, y a los peores: los que lastiman al prójimo porque sí, ejerciendo una casera maldad pura, inmotivada, inexplicable.

Fernando, Alberto, Blanca Luz y yo nunca faltamos a la oficina (no me refiero a ellos aquí porque son mis más cercanos de siempre, no sólo de ese periodo, y vaya que se necesita mucho papel y espacio para escribir de su talento e inmensos valores), pero hay que decir que fuimos, los varones, demasiado irreverentes y muy desafiantes: llegamos a jugar retas de frontón en la pared del patio con los Panchitos, el grupo de jóvenes de la limpieza; salimos a recorrer los parques y las librerías de viejo en horas de oficina; fuimos a visitar la cantina de Don Pepe en los mediodías hábiles; endilgamos apodos; nos burlamos a diestra y siniestra; hicimos bromas y chistes un poco crudos a costillas de los altos mandos, un hecho que inexorablemente llegó a oídos de éstos, quienes facilitaron nuestra salida en 1983.

Cerré el ciclo; me puse a escribir como quien para eso ha nacido; poco después me fui a España. 🏴